

LA UNIVERSIDAD COMO AMBITO PARA LA SOLIDARIDAD Y LA EDUCACIÓN AL DESARROLLO

Autor: Koldo Unceta

Valladolid, noviembre de 2001.

Introducción.-

Quiero agradecer, en primer lugar, a la Universidad de Valladolid y a los organizadores de este seminario la posibilidad que me brindan de transmitirles estas reflexiones sobre las potencialidades de la Universidad como ámbito desde el que impulsar la cooperación al desarrollo y la solidaridad internacional.

Para abordar una cuestión de naturaleza tan compleja como ésta tal vez convenga señalar un par de elementos que sirvan para acotar el debate. A este respecto, plantaremos, en primer término, la cooperación al desarrollo como algo que aparece más o menos delimitado por dos cuestiones diferentes. Por una parte las propias definiciones existentes sobre la misma, principalmente aquellas que emanan del CAD (el Comité de Ayuda al Desarrollo de la OCDE) y que aportan una serie de criterios (concesionalidad, objetivos, etc.) a la hora de enmarcar las acciones de cooperación al desarrollo. Y, por otro lado, está la propia percepción de la sociedad sobre este tema, que vincula la cooperación al desarrollo con una colaboración de tipo solidario. Y por otra parte, nos referiremos a la educación al desarrollo en la universidad como un conjunto de actividades docentes, de investigación, y de difusión conducentes bien a fortalecer las acciones de cooperación, bien a impulsar el conocimiento sobre estas cuestiones y el desarrollo de valores solidarios y universalistas.

Por todo ello, a la hora de plantear esta reflexión sobre las potencialidades de la Universidad en el trabajo de cooperación al desarrollo nos centraremos en estos aspectos mucho más específicos que los que afectan en general a la cooperación interuniversitaria o a las estrategias de internacionalización de la universidad.

Partiendo de esta precisión las reflexiones que expondré a continuación están basadas fundamentalmente en la experiencia de más de una década del Instituto HEGOA de estudios sobre el Desarrollo y la Cooperación Internacional de la Universidad del País Vasco, y del que he venido siendo su director hasta hace poco más de un año.

1.- La Universidad como espacio fundamental para el debate y la investigación sobre el desarrollo y la cooperación solidaria.

La Universidad constituye un ámbito privilegiado para la promoción del conocimiento, la investigación, el debate y la difusión de los problemas y retos fundamentales del desarrollo, es decir de aquellas cuestiones que están -o deberían estar- en la base de las estrategias de la cooperación.

Ya desde los inicios de la cooperación al desarrollo el papel de las universidades y los centros de investigación, principalmente anglosajonas, resultó fundamental en la definición de las prioridades del desarrollo y de las estrategias de cooperación. Las propias políticas de los principales organismos internacionales de cooperación (Banco

Mundial, BID, Naciones Unidas...) fueron en gran medida tributarias del debate académico de la época y de las investigaciones y propuestas sobre el desarrollo impulsadas desde universidades y otros centros de estudio.

De la misma manera, durante los años 60 y 70 fueron principalmente las universidades latinoamericanas quienes, junto a la CEPAL y otras instituciones llevaron a cabo los esfuerzos más importantes en materia de investigación sobre estos temas, centrando el debate en aquél entonces en las relaciones entre el comercio y el desarrollo, y sus implicaciones para la cooperación.

En la actualidad los problemas del desarrollo y la cooperación se han hecho más y más complejos y requieren de esfuerzos de investigación mayores que nunca. Hoy sabemos que los problemas del desarrollo no son solo, ni principalmente, una cuestión de crecimiento económico. Sabemos que los problemas del desarrollo tampoco dependen únicamente de las condiciones del comercio internacional, como se insistió desde América Latina durante en los años 60 y 70. Como ha señalado el profesor Amartya Sen, uno de los últimos premios Nobel de Economía, el desarrollo es un proceso de ampliación permanente de las oportunidades de las personas y las sociedades, lo que nos lleva a la necesidad de profundizar en un amplio abanico de temas que van desde la educación al medio ambiente, desde la seguridad alimentaria hasta la perspectiva de género, desde la participación democrática y la seguridad política de las personas hasta los aspectos tecnológicos del desarrollo, desde las condiciones del crecimiento económico deseable hasta los problemas de la volatilidad financiera y la globalización de los mercados.

En este contexto, la universidad y los universitarios tenemos una importante responsabilidad. Para que la universidad pueda ser un agente eficaz en la cooperación al desarrollo debería comenzar por dar una mayor importancia a la investigación y el debate sobre las condiciones actuales del desarrollo, las cuales afortunadamente han dejado de ser objeto de investigación exclusivamente de economistas o sociólogos, para constituir un reto pluridisciplinar. La necesidad de Institutos de investigación en nuestras universidades en los que puedan trabajar especialistas de diversas materias, como existen en otras universidades del mundo constituye un reto para la universidad española. Definitivamente no puede separarse la acción de la cooperación al desarrollo del estudio de las condiciones de éste último.

Las propias políticas y estrategias de cooperación deberían también ser un elemento de estudio por parte de los universitarios, de manera que puedan analizarse los impactos de las mismas y elaborarse nuevas propuestas. En los momentos presentes es preciso reconocer que algunas ONGs dedican mayores esfuerzos que las universidades a investigar y publicar sobre todas estas cuestiones. Y, por otra parte, los investigadores universitarios que trabajan sobre estas cuestiones no encuentran en el medio académico el respaldo ni el estímulo suficiente, debiendo muchas veces desarrollar su labor fuera de la universidad, en el marco de las ONGs o mediante la colaboración individual con organismos oficiales de cooperación. Llama la atención a este respecto que el importante papel que algunos profesores e investigadores de nuestras universidades juegan en el asesoramiento y definición de políticas y estrategias de cooperación no se corresponde con la escasa importancia que las universidades como tales conceden a estas cuestiones, lo que contrasta con la situación de otros países.

Por ello, fomentar la investigación, los foros de debate, las publicaciones sobre la problemática del desarrollo y la cooperación debería ser, en mi opinión, la primera cuestión a tener en cuenta a la hora de hablar del papel de la universidad en este campo.

2.- Los cuestiones del desarrollo y la cooperación internacional en la docencia universitaria.

Las cuestiones tratadas en el punto anterior pueden y deben tener un reflejo concreto en los planes docentes de las universidades. A este respecto pueden distinguirse varios niveles diferentes:

a) Programas o cursos de doctorado.

Como ha quedado planteado más arriba, uno de los principales retos a los que se enfrenta actualmente la cooperación al desarrollo es el de las necesidades de investigación que se derivan de los complejos momentos por los que atraviesa la misma.

El establecimiento de ámbitos de investigación, la promoción de ésta, y la formación de investigadores constituyen en ese sentido tareas bastante importantes. De ahí que los programas y cursos de doctorado orientados a la investigación del desarrollo y la cooperación internacional sean un valioso instrumento de cara a todo ello.

b) Programas de postgrado de formación en cooperación.

Otra de las necesidades observadas en el campo de la cooperación al desarrollo es sin duda la escasa preparación y calificación de algunas de las personas que se dedican a estas tareas.

La universidad puede contribuir a paliar esta situación mediante la organización de cursos especializados en los que puedan formarse estas personas, cursos que en todo caso no deberían tener una orientación excesivamente técnica, alejada de los problemas sociales a los que los cooperantes van a tener que enfrentarse en su quehacer cotidiano.

En este ámbito docente resulta de la máxima importancia el concurso de agentes externos a la propia universidad tanto para prestar asesoramiento y colaboración como para proporcionar personal docente de contrastada experiencia. La confluencia de esfuerzos entre ONGDs y Universidades puede encontrar en este campo uno de sus terrenos más fructíferos si se trabaja adecuadamente.

c) Asignaturas de libre elección.

Por último, un ámbito de creciente importancia en muchas universidades es el de las asignaturas de libre elección relacionadas con la cooperación al desarrollo. Se trata normalmente de un primer paso que suele posibilitar otros posteriores y constituye una buena oportunidad para introducir las preocupaciones solidarias entre el alumnado.

3.- La universidad como sujeto de la cooperación al desarrollo

La Universidad es también un agente directo de cooperación, una entidad capaz de promover la solidaridad y llevar a la práctica proyectos concretos que sirvan para incrementar las capacidades de la gente en otros lugares del mundo.

Para ello, debería centrar su atención en primer término en la puesta en marcha de proyectos y programas a llevar a cabo con otras universidades especialmente necesitadas de colaboración externa. Estos programas pueden ser de diverso tipo y pueden abarcar desde la formación del profesorado, a la formación en el plano de la gestión, el apoyo informático, bibliotecario, laboratorios, etc.

Ahora bien, para que la labor de la universidad en este terreno pueda tener cierto alcance es preciso tener en cuenta una serie de aspectos:

- a) El primero se refiere a la necesidad de trabajar a medio y largo plazo. Carece de sentido la dispersión y el trabajo puntual que impide la continuidad de las acciones emprendidas y el fortalecimiento de lazos que hagan posible el logro de resultados. Por el contrario, deberían priorizarse aquellos programas y proyectos que impliquen la construcción de sólidos lazos con las universidades con las que se coopera, y que permitan el establecimiento de marcos de colaboración capaces de crear sinergias y movilizar los recursos existentes de manera más eficaz.
- b) El segundo tiene que ver con la necesidad de implicar al conjunto de la comunidad universitaria: profesores, estudiantes, y personal de administración y servicios. La legitimación de la cooperación al desarrollo en la universidad requiere demostrar que todos el mundo tiene un hueco en la solidaridad con otras universidades, para lo cual es preciso desterrar la idea de que los programas de cooperación sólo tienen sitio determinados sectores de la comunidad universitaria.
- c) Por último, la puesta en marcha por parte de la universidad de programas de cooperación al desarrollo implica la necesidad de que ésta ponga recursos al servicio de ésta. La cooperación solidaria nunca podrá ser algo indoloro, y la puesta por la cooperación requiere la dedicación de fondos que necesariamente irán en detrimento de otras actividades. La impostergable exigencia de que la universidad pueda recibir cofinanciación para sus proyectos de cooperación como lo hacen las ONGs y otras instituciones no debería entenderse como una despreocupación de la propia responsabilidad a este respecto.

La activa participación de la comunidad universitaria en la puesta en marcha de proyectos de cooperación al desarrollo incide por otra parte en la cuestión de los valores, es decir en la consideración de la universidad como un espacio fundamental para la formación de las futuras generaciones no sólo para su inserción laboral, sino principalmente para su capacidad de participar en los debates sobre los problemas que afectan al progreso de las sociedades en una clave de mayor equidad, sostenibilidad, y respeto a los derechos humanos.

4.- La Universidad como participante, junto a otros agentes sociales en programas y proyectos de cooperación.

La universidad no sólo es un agente de cooperación capaz de llevar adelante sus propios proyectos. Constituye también una institución que debe ser capaz de trabajar conjuntamente con otros agentes en programas de carácter integral: ONGDs, ayuntamientos, pequeñas empresas....

En este sentido las universidades pueden aportar sus propios conocimientos, recursos, y capacidades técnicas a un trabajo más amplio en el que participen diversos agentes a la hora de poner en marcha proyectos y programas de desarrollo. Cada vez cobran más importancia los consorcios entre organismos e instituciones diversas capaces de aunar esfuerzos en la realización de programas más integrales y capaces de actuar sobre los problemas desde diversos ángulos.

La universidad cuenta a este respecto con unas capacidades técnicas de gran importancia que abarcan además a prácticamente todos los campos. Su capacidad para prestar asesoramiento técnico en los más variados campos puede ser de gran valor, pero para ello es preciso que las propias universidades mantengan una mayor relación con otros agentes de cooperación y se doten de estructuras ágiles capaces de responder a las demandas de las organizaciones sociales.

En este campo de la relación de la universidad con otros agentes sociales de cooperación es preciso insistir en la necesidad de un mayor acercamiento hacia las ONGDs. Durante los últimos años se ha instalado en algunos sectores, tanto universitarios como de las ONGDs, un clima de recelo mutuo que es sumamente perjudicial para los intereses de la cooperación al desarrollo.

Ciertamente, la visión que ciertos sectores de las ONGDs tienen de los universitarios no es muy buena. Se ha llegado a decir que la aproximación de las universidades a la cooperación tiene que ver con el dinero que las administraciones ponen para la cofinanciación de proyectos, que la participación de los universitarios en la cooperación no suele tener un carácter voluntario, que en la práctica de los universitarios en la cooperación predomina lo que se ha venido a bautizar como "turismo académico", etc. La mayoría de esas percepciones carecen de fundamento y, además, desconocen el gran esfuerzo que muchos universitarios llevan años haciendo en el campo de la cooperación al desarrollo. Pero lo cierto es que, justa o injustamente, esas apreciaciones están ahí.

Por su parte, algunos universitarios tienen a veces una visión sesgada del trabajo que realizan las ONGs y desconocen la importancia, envergadura y complejidad del mismo. Además, tienden a pensar que éstas se mueven a la defensiva y que tienen miedo de que la universidad juegue un papel mayor en la cooperación.

Pero, además de los aspectos subjetivos del problema, de la percepción del rol de unos y otros, existen espacios en los que suele solaparse el trabajo de ambas partes, provocándose a veces situaciones de conflicto que, en realidad, deberían transformarse en campos de fructífera colaboración. Uno de ellos es el de la formación, ya mencionado más arriba. Tradicionalmente, las ONGDs habían venido organizando sus propios programas y cursos de formación para la cualificación de los cooperantes y las personas encargadas de dirigir los programas o las organizaciones de cooperación.

Durante toda la última década han comenzado a surgir diversos cursos, fundamentalmente masters y otros cursos de postgrado, ofrecidos por universidades, para la formación en el campo de la cooperación, cursos que vienen a ocupar un terreno parecido al que ocupaban algunos cursos organizados por las ONGDs. Sin embargo, esto no debería ser un problema sino todo lo contrario. Las universidades cuentan con buenos especialistas en diversos temas, y las ONGDs con una gran experiencia a sus espaldas, lo que debería permitir un esfuerzo conjunto capaz de traducirse en una oferta formativa de calidad. La experiencia ha demostrado además que aquellos cursos en los que junto al profesorado universitario han participado como docentes expertos de las ONGDs, han arrojado en general mejores resultados.

Desde la universidad tenemos que ser conscientes de que, para que la colaboración pueda ser fructífera, es necesario ir dando pasos poco a poco y adoptar una actitud prudente y -porqué no decirlo- humilde. Tenemos que comprender que es hasta cierto punto lógico que gentes que llevan algunos 25 o 30 años trabajando en este campo, con enormes esfuerzos y generosidad, tengan ciertos recelos ante quienes se aproximan al tema pretendiendo sentar cátedra. Es preciso ir ganando en confianza mutua, reconocer nuestras mutuas capacidades y potencialidades, y poder llegar así a un marco de colaboración como el que se da con mucha mayor naturalidad en otros países.

5.- A modo de conclusión.

Creo que es preciso un mayor compromiso de las universidades en la tarea de la solidaridad y la cooperación internacional para el desarrollo. Esta tarea debe diferenciarse de otros trabajos que la universidad desempeña en el campo de la internacionalización y dotarse de una lógica y unos instrumentos propios que hagan posible su impulso.

Las universidades deben ser conscientes de su papel fundamental en el ámbito de la investigación y el debate sobre los problemas del desarrollo y la cooperación internacional, aprovechando los importantes recursos que tienen para ello. Las universidades deben, al mismo tiempo, ser capaces de impulsar programas propios de cooperación con otras universidades necesitadas de colaboración externa, desde el convencimiento de que ésta es una tarea fundamental en la expansión de las capacidades de desarrollo de las sociedades. Y deben ser capaces también de participar junto a otros agentes de cooperación en la puesta en marcha de programas conjuntos y/o complementarios, de manera que los universitarios puedan colaborar más estrechamente con otros sectores de la sociedad en la promoción de la solidaridad, y en la defensa de la equidad, la sostenibilidad, y los derechos humanos.